

CAPITULO 10

ESPERANDO CON PACIENCIA HASTA LLEGAR

"¿Hemos llegado?" los niños preguntan desde el asiento trasero. "¿Cuánto tiempo falta? . . . ¿Qué tan lejos está todavía?" Lo mismo ocurre en casi todo viaje de vacaciones familiares y esto, vuelve locos a los padres.

"¡Estamos a cincuenta metros más cerca que la última vez que preguntaron!" el padre grita con frustración.

Entonces, la mamá interviene para mantener la paz, y aconseja: "Este viaje nos llevará algo de tiempo niños . . . tendrán que esperar con paciencia hasta que lleguemos."

Los viajes largos son difíciles para los niños. Ellos se sienten atrapados en el asiento trasero. Nosotros sabemos que el viaje no tardará demasiado; por lo tanto, los animamos a esperar con paciencia hasta llegar a nuestro destino.

Este libro nos ha llevado por un largo recorrido. Hemos visto cómo Dios hizo a la raza humana en el principio, lo que hemos hecho de nosotros mismos a través de la historia, y lo que Dios ha hecho posible para nosotros a través de sus regalos de gracia en los días de Noé, Abraham, Moisés, David y Cristo. Hemos ya avanzado mucho en el sendero hacia la dignidad pero nos queda aún mucho camino por recorrer. Aunque Dios ya ha logrado mucho para el beneficio de la humanidad, cada uno de nosotros tiene que enfrentar la lucha de vivir antes de la segunda venida de Cristo. En ocasiones vemos nuestras vidas y nos preguntamos, "¿Cuánto más hay que recorrer? ¿Cuánto tiempo faltará? ¿Cómo podemos soportar el haber llegado tan lejos, pero no lo suficientemente lejos? ¿Cómo podemos esperar con paciencia hasta llegar?"

En este capítulo examinaremos Romanos 8:17-39 para encontrar dirección para el último trecho de nuestro viaje. Este pasaje describe dos realidades que nos aguardan en la vida cristiana. Por un lado, aprendemos que nuestro caminar en Cristo está acompañado de sufrimiento. Aunque sea tan maravilloso seguir a Cristo, el sendero hacia la dignidad es todavía un camino de aflicción. Por otro lado, también encontramos que hay ayuda para aquellos que están abatidos y cansados en sus pruebas. Dios nos ha provisto fuentes de ánimo para que continuemos caminando hacia adelante. Debemos adoptar ambos aspectos de la vida cristiana si tenemos la esperanza de terminar nuestro viaje hacia la dignidad. Debemos tomar en cuenta el sufrimiento al cuál hemos sido llamados y echar mano de las fuentes de ánimo que Dios ha puesto a nuestra disposición.

NUESTRO LLAMADO A SUFRIR

Me encanta escribir. No, eso no es verdad. Me encanta ver un libro terminado. Cuando veo uno de mis libros sobre la repisa tengo un gran sentimiento de satisfacción -- aunque el proceso de escribir casi me matara. Algunos de mis colegas pueden escribir con la facilidad con la que hablan, pero yo no. Cada página representa un prueba dolorosa. Nunca es fácil editar y reeditar, una y otra vez . ¿Por qué soporto toda esta agonía? La respuesta es simple. No puedo terminar de escribir un libro a menos que soporte el sufrimiento que esta actividad requiere. No puedo gozar la satisfacción sin haber soportado el sufrimiento.

En la segunda mitad del capítulo ocho de Romanos, Pablo describe la vida cristiana en una manera similar. Pablo presenta el tema del sufrimiento al resumir las bendiciones que los hijos de Dios reciben: "Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados" (Rom. 8:17).

Como hijos de Dios esperamos confiadamente recibir una gran herencia de nuestro Padre celestial. Somos coherederos con Cristo, compartiendo la dignidad de sus riquezas maravillosas. Pero como Pablo indica en este pasaje, no somos únicamente coherederos del honor de Cristo. Somos coherederos también de sus sufrimientos; nosotros sufrimos como Cristo sufrió.

El apóstol Pablo nos ha tirado una bola con efecto ¿No es así? De principio a fin en este libro nos hemos enfocado en la dignidad y no en el sufrimiento. Hemos visto el plan de Dios para remover la ignominia de su pueblo y restaurarlo totalmente a su gloriosa imagen. Pero ahora Pablo nos dice que los Cristianos heredan los sufrimientos de Jesús. ¿Qué parte tiene el sufrimiento en el plan de Dios para restaurarnos a la dignidad?

Aunque parezca misterioso, Dios ha establecido el sufrimiento como una senda hacia la dignidad. Por medio de sobrellevar pacientemente las penalidades de la vida recibimos gloria. Notemos otra vez con qué claridad Pablo nos lo dice: "Si es que padecemos juntamente con él, *para* que juntamente con él seamos glorificados" (Rom. 8:17, énfasis añadido). Simplemente no podemos disfrutar de la gloria de Cristo sin participar de su sufrimiento.

Para entender el lugar que tienen las aflicciones en la vida cristiana, debemos tener bien en claro qué tipo de sufrimiento Pablo tenía en mente. Los problemas vienen a la vida de los creyentes por muchas razones. Podemos distinguir por lo menos tres tipos de sufrimiento.

Primero, nuestras vidas son acribilladas con dificultades simplemente porque vivimos en un mundo caído en pecado. Dios no ha retirado totalmente la maldición que puso sobre la creación cuando Adán y Eva pecaron (Gen. 3:16-19). Ni aún Cristo nos libró totalmente de los problemas que nuestros primeros padres nos legaron. Los creyentes pasan por muchos sufrimientos que son comunes a toda la raza humana. A veces, somos víctimas de injusticias; pasamos por la destrucción causada por la guerra; sufrimos la devastación causada por fenómenos naturales; nos enfermamos y morimos. Este tipo de dificultades no ocurren porque hayamos desobedecido a Dios personalmente, sino que las experimentamos porque vivimos en un mundo que fue maldecido por el pecado de Adán.

Segundo, los creyentes también sufren a consecuencia de su propio pecado. Muchas desgracias en nuestras vidas vienen porque transgredimos los preceptos morales de Dios. El adulterio conduce al divorcio; el robo, al encarcelamiento. Sufrimos este tipo de problemas porque son consecuencias de nuestra desobediencia. Además, nuestros pecados a menudo traen sobre nosotros el castigo de Dios. El disciplina a sus hijos que se alejan por medio de dificultades para traerlos de nuevo a la senda de justicia (Heb. 12:10). De ambas maneras, nuestros pecados personales causan sufrimiento en nuestras vidas.

Estos problemas hacen que la vida sea bastante difícil, pero esto no es lo que Pablo tiene en mente cuando dice: "si es que padecemos juntamente con él" (Rom. 8:17). El está hablando de un tercer tipo de sufrimiento, esto es, las dificultades que Dios ha

establecido específicamente para los seguidores de Cristo. Experimentamos aflicciones porque Dios nos ha llamado a sufrir.

Todo cristiano ha sido llamado a sufrir por lo menos de dos maneras. Por un lado, participamos de los sufrimientos de Cristo porque nuestra devoción por él enfurece al mundo. Las palabras de Jesús son pertinentes en este punto: "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros" (Juan 15:18). Estamos con Aquel a quien odia el mundo de tinieblas. Por consiguiente, los incrédulos nos persiguen, tal y como a él le persiguieron.

La Historia registra un sinnúmero de cristianos que han sufrido pruebas terribles a manos de incrédulos. Aun hoy muchos creyentes sufren persecuciones horribles en algunas partes del mundo. La influencia que el evangelio tiene en muchas naciones evita que muchos de nosotros suframos severamente, pero el odio que el mundo tiene hacia las imágenes redimidas de Dios todavía se deja sentir. Organizaciones profesionales nos rechazan. Nuestros vecinos y familiares nos excluyen. De estas y muchas otras maneras sufrimos por Cristo porque el mundo se manifiesta en nuestra contra.

Pablo le advirtió a Timoteo que "todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Tim. 3:12). Estas palabras nos deben llevar a reflexionar en nuestras propias vidas. Si usted y yo no estamos experimentado algún tipo de dificultad con el mundo, entonces debemos empezar a cuestionar la firmeza de nuestra entrega a Cristo. Aquellos que siguen el llamado de Jesús están situados en el blanco de ataque de los incrédulos. El conflicto y la persecución son inevitables.

Por otro lado, los cristianos también sufrimos porque Dios nos ha llamado a negar nuestros propios deseos y a adoptar una vida de servicio sacrificado. Este aspecto de la experiencia cristiana es evidente en varios pasajes del Nuevo Testamento. En 2 Corintios 1:5, Pablo escribió que "abundan sobre nosotros las aflicciones de Cristo." La humillación y el servicio no fueron solamente para Jesús sino que sus sufrimientos llegan a ser experimentados por la Iglesia. De manera similar, Pablo habló de su ministerio diciendo "Cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia" (Col. 1:24). Continuamos en los sufrimientos de Cristo al seguir sus pasos de servicio sacrificado.

Cuando los hombres y mujeres ponen su fe en Cristo, Dios sobrenaturalmente los une a la muerte y resurrección de Cristo (Rom. 6:1-7). En efecto, lo que le ocurrió a él hace dos mil años, nos ocurre a nosotros: hemos "muerto al pecado" (v.2) y hemos resucitado a una "vida nueva" (v.4). Sin embargo, mientras vivimos este aspecto de gloria, nuestra unión con Cristo también conlleva el continuar su humillación terrenal. Cristo "no vino para ser servido, sino para servir" (Marcos 10:45). El, "por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico" (2 Cor. 8:9). Él abandonó su propia honra para "buscar y salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:10). Él "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:8). Vivir para Cristo es vivir como él vivió. No buscamos el ser servidos, sino el servir; no nos esforzamos por ganar los tesoros de esta vida, sino por perderlos por amor a él.

Como podemos ver, Dios no simplemente nos ha llamado a *soportar* el sufrimiento por amor de Cristo. El espera que *voluntariamente* estemos dispuestos para sufrir. ¿Qué dijo Jesús? "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame" (Luc. 9:23). Seguir a Cristo implica el estar dispuesto a sufrir

dificultades. Pablo expresó el deseo que debe estar en nuestros corazones cuando dijo, "a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos" (Fil. 3:10). Los creyentes no deben sufrir por Cristo de mala gana, sino que debemos anhelar la participación de sus padecimientos.

Todo soldado honorable merece nuestro respeto. Ellos enfrentan circunstancias amenazadoras y a menudo sacrifican sus vidas por el bien de otros. Debemos reconocer el valor que todo soldado tiene, pero nuestros corazones rebosan de admiración especial por aquellas personas que voluntariamente se ofrecen para ir a la guerra. Estas personas libremente dejan a un lado sus metas en la vida, sus hogares y seres queridos por vivir, y quizá hasta morir, por el bien de otros.

Seamos honestos. La mayoría de las veces sufrimos porque es inevitable, y no porque estemos voluntariamente dispuestos a sufrir. Cuando los eventos que salen de nuestro control nos causan sufrimiento tratamos de sobrellevar la carga lo mejor posible. Pero rara vez intencionalmente negamos nuestros propios deseos con el fin de tomar la cruz de Cristo. Estamos demasiado preocupados en nuestro bienestar personal como para sufrir voluntariamente. Sin embargo, como coherederos de los padecimientos de Cristo debemos dejar a un lado nuestras metas personales por causa del reino. Por supuesto que debemos ser administradores sabios de las posesiones y éxitos que Dios nos da en este mundo. Pero los hombres y mujeres cuyo único propósito en la vida es acumular posesiones y ejercer poder terrenal, dejan de vivir como aquellos que han sido unidos a Cristo. Dios nos ha llamado a buscar maneras en las que podamos compartir los sufrimientos de Cristo.

Tengo un amigo que sabe cómo negarse a sí mismo por Cristo. Dejó su casa de clase media alta y fue a vivir a los barrios bajos de la ciudad para ministrar a los adolescentes. Rápidamente entabló amistad con varios jóvenes y los invitó a su departamento para un estudio bíblico. Después de haber estudiado las Escrituras más o menos una hora, mi amigo fue a una tienda cercana a comprar refrescos. Al regresar veinte minutos más tarde encontró que sus nuevos conocidos le habían robado su televisión, su estéreo y su bicicleta.

"¿Cómo te sentiste?" le pregunté.

"Al principio estaba enojado" me confesó, "pero después comprendí. Si Jesús sacrificó tanto por mí, entonces yo puedo sacrificar estas pequeñas cosas por él".

¿Cómo quiere Dios que usted y yo suframos? Cada persona debe decidir individualmente delante del Señor. Dios llama a algunos cristianos a sacrificarse de una manera radical. Las misiones en el extranjero, el servicio a los pobres, y un sinnúmero de llamados similares requieren una negación tremenda de uno mismo. Dios llama a otros cristianos a ofrecerse voluntariamente para sufrir de otras maneras. Podemos ofrendar generosamente para algún ministerio cristiano en vez de guardar para nosotros mismos todo dinero adicional que tengamos. Podemos donar tiempo para el evangelismo y el servicio en vez de ocupar nuestras vidas en nuestros propios proyectos. Podemos escoger alguna carrera que honre a Cristo en vez que a nosotros mismos. Podemos esforzarnos por salvar nuestro matrimonio en vez de buscar el divorcio. Podemos abrir las puertas de nuestras casas para personas en necesidad en vez de comprarnos un carro nuevo. Podemos visitar a los ancianos y a los enfermos en vez de ver televisión. Las oportunidades son incontables si tan sólo las buscamos.

Desafortunadamente, muchos grupos cristianos han apartado la mirada de nuestro llamado a sufrir. En algunos círculos, la necesidad del sufrimiento es reemplazada por un énfasis en la prosperidad material. Simplemente escuche programas cristianos en la radio y televisión. Con toda seguridad escuchará a algunos predicadores diciendo a sus oyentes que no tienen necesidad de pasar por dificultades. "El Señor quiere que tú prosperes," ellos insisten. "¡Simplemente cree que tendrás ese carro nuevo y esa casa grande que tanto deseas!" La prosperidad en sí misma no es mala. "El amor al dinero" -- no la posesión de dinero -- "es la raíz de todos los males" (1 Tim. 6:10). De hecho, los cristianos ricos tienen oportunidades tremendas para usar sus recursos para Cristo. No obstante, un énfasis desmedido en la prosperidad material, a menudo causa que dejemos de preguntar a Dios cómo quiere él que nos neguemos a nosotros mismos por Cristo.

Cuando la prosperidad material llega a ser nuestra prioridad en la vida, entonces debemos recordar la pobreza de Jesús. Él dijo, "Las zorras tienen guaridas, y la aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza" (Lucas 9:58). A Cristo no le faltaba fe. Tampoco estaba fuera de la voluntad de Dios. Él simplemente sabía que Dios le había llamado para servir sacrificadamente. La fe de Cristo en su Padre le llevó a negarse a sí mismo las riquezas de este mundo para obtener la gloria del mundo venidero. Como hombres y mujeres unidos a Cristo debemos estar listos para sufrir de la misma manera.

En algunos círculos, los ojos del creyente han sido apartados del sacrificio voluntario debido a un énfasis desmesurado en obtener poder e influencia en el mundo. Ellos claman: "Los cristianos deben llegar a ser líderes y establecer principios cristianos. ¡Para lograr esto necesitamos tener poder!"

Este punto de vista tiene un elemento importante de verdad. Cristo llamó a sus seguidores para ser sal y luz del mundo (Mat. 5:13-16). Cumplimos el mandato cultural al tomar el liderazgo en cada aspecto de la cultura. Pero existe un peligro serio detrás del énfasis desmedido en este aspecto de nuestras vidas. Nuestras esperanzas y sueños llegan a estar tan fácilmente ligados al éxito que no podemos distinguir las maneras en las que debemos sacrificarnos. "¡Asciende hasta la máxima posición corporativa! ¡Llega hasta la cima!" generalmente decimos. No me mal entiendan. Teniendo los motivos apropiados el llegar a puestos de liderazgo en cualquier campo puede considerarse un acto de negación personal. Los líderes buenos no viven para ellos mismos, sino son servidores dedicados. Pero debemos ser cuidadosos de no enfocarnos tanto en la adquisición de poder que olvidemos la importancia de negarse a uno mismo en esta vida.

El reino de Cristo ha dado grandes pasos en su influencia en el mundo y seguirá avanzando en el futuro. Podemos estar seguros de que "las puertas del Hades no prevalecerán" contra él (Mat. 16:18). Aun así, la historia nos enseña que el reino de Cristo influye más al mundo cuando dejamos de estar arraigados al poder terrenal y adoptamos los sufrimientos a los que hemos sido llamados. En nuestras debilidades el poder de Cristo es manifestado (2 Cor. 12:9).

Debemos esperar sufrimiento en nuestro viaje por el sendero hacia la dignidad. Los creyentes pasan por problemas comunes en el mundo y afrontan las consecuencias del pecado. Pero más que esto, Dios nos llama a sufrir voluntariamente experimentando persecución y sacrificando nuestros propios deseos por amor a El. Con tal cantidad de sufrimiento delante de nosotros una pregunta honesta viene a nuestra mente. ¿Cómo

podremos continuar avanzando en el sendero hacia la dignidad con todas estas dificultades? Pablo responde esta pregunta en el resto del capítulo ocho de Romanos.

ANIMADOS POR EL FUTURO

Cualquier persona que ha estado en un hospital por mucho tiempo le puede decir que la experiencia puede llegar a ser abrumadora. El desánimo prontamente se convierte en depresión al estar acostado en una cama semana tras semana. Recuerdo una ocasión cuando platiqué con un enfermo de cáncer que mantenía una actitud extraordinariamente positiva durante su larga estancia en el hospital. "¿Cómo es que usted mantiene esa actitud tan positiva?" le pregunté.

"Yo sé que voy a mejorar", me explicó. "Lo que me acontece ahora lo veo a la luz de mi futuro."

Hemos visto que los cristianos deben esperar e inclusive ofrecerse voluntariamente para sufrir en esta vida. Sin embargo, algunas veces estas dificultades nos consumen. Como los pacientes en un hospital nos sentimos abrumados por nuestros problemas. ¿Qué debemos hacer cuando esta ansiedad surja dentro de nosotros? Debemos mirar nuestros sufrimientos desde la perspectiva del futuro.

Pablo confiadamente afirma que las penalidades del presente no se comparan con nuestro maravilloso futuro. Pablo claramente dice: "Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Rom. 8:18). Aunque la vida cristiana trae consigo sufrimientos, el brillo de nuestro destino final aleja las sombras de las pruebas. Las dificultades presentes se reducen a nada al ser comparadas con nuestra gloria futura

Estas palabras no vienen de un teólogo de escritorio. Estas verdades no eran solamente teoría en la vida de Pablo. El habló como alguien cuya vida estaba llena de negación personal por Cristo. Sólo unos cuantos santos han pasado por tantas pruebas como él. Él dejó su tierra natal, viajó a través de mares amenazadores, y predicó a multitudes enfurecidas. Fue acusado falsamente, golpeado y encarcelado. Él se ofreció voluntariamente para sufrir estas y muchas otras pruebas por amor de Cristo. Sin embargo, Pablo sabía como mirar sus sufrimientos desde una perspectiva correcta. Las pruebas no lo consumieron porque él mantenía firme su esperanza en la segunda venida de Cristo. El reconocer la gloria de la consumación hacía que las dificultades de la vida se vieran insignificantes. Sus aflicciones no eran comparables con la gloria venidera (Rom. 8:18).

Un día un ministro amigo vino a mí con una carga muy pesada en su corazón. Su ministerio estaba hecho un caos. Un grupo de miembros enojados habían abandonado su iglesia y él estaba profundamente desanimado. "No creo poder soportar más" dijo, "Doy todo lo que tengo y no recibo nada a cambio. Simplemente no vale la pena".

Este ministro estaba más cerca de la verdad de lo que él se daba cuenta. Los sacrificios que él hacía como siervo de la iglesia no valían la recompensa que estaba recibiendo en esta vida. Sólo experimentaba unas cuantas satisfacciones por aquí y por allá. Sus pequeños logros le traían momentos de alivio de sus luchas, pero cada nuevo día le conducía a situaciones que demandaban una negación personal aun mayor. Mientras mantuviera su corazón enfocado en las recompensas de este mundo, seguiría concluyendo que su dolor no valía la pena.

De vez en cuando todos nosotros enfrentamos este tipo de desánimo. Nos dedicamos intensamente a educar a nuestros hijos. Nos esforzamos por vivir como buenos empresarios cristianos. Invertimos con sacrificio tiempo y energía en ministerio tras ministerio. Pero ¿Qué tenemos para mostrar después de tantos años de servicio? Solamente demandas para sacrificarnos aun más. "Si esto es todo lo que obtengo a cambio de mi sufrimiento, entonces ya no puedo continuar más," nos lamentamos.

El costo de nuestro sacrificado servicio a Cristo no se compensa con los resultados que vemos en esta vida. Ciertamente recibimos bendiciones que nos animan bastante: éxito en los negocios, hijos fieles al Señor y buena salud. Pero estos regalos por sí solos no pueden sostener a aquellos cuyas vidas están llenas de sufrimiento voluntario. Estos regalos para ellos son simplemente unos cuantos momentos de alivio en su *Vía Dolorosa*. Para superar el desánimo que a menudo acompaña al sufrimiento, debemos seguir el ejemplo de Pablo, dejando de fijarnos en esta vida y poniendo atención en nuestra recompensa en el mundo venidero.

Nuestros problemas se complican aún más por otro factor. Aun cuando pensamos en lo maravilloso que será el regreso de Cristo, rara vez tenemos en mente algo más que nuestra salvación personal. La redención personal es un maravilloso regalo de Dios. Esperamos anhelantes la vida eterna en la que no habrán tristeza, culpa, o decepciones. Pero nuestra visión necesita ser ampliada si es que esperamos que el futuro nos anime.

Cuando Pablo reflexionaba en la segunda venida de Cristo su enfoque estaba en algo mayor que su salvación personal. El reflexionaba en la asombrosa redención cósmica que ocurrirá en el futuro.

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una y a una está con dolores de parto hasta ahora (Rom. 8:19-22).

Algo mucho más espectacular que la salvación de nuestras almas nos está aguardando al final del sendero hacia la dignidad. La culminación de nuestra restauración estará acompañada por una renovación de toda la creación. El universo cayó bajo la maldición de Dios cuando Adán y Eva pecaron. La maravillosa creación fue sujeta a inutilidad y deterioro, pero no quedó sin la esperanza de un futuro luminoso. Cuando Cristo regrese y nos rescate de la maldición de la muerte, también renovará dramáticamente toda la creación de Dios: las montañas y los valles, los desiertos y los mares, las plantas y los animales. Nuestro sistema solar, la galaxia, y aún el universo entero serán restablecidos a su esplendor original. La armonía reemplazará la discordia. La belleza reemplazará al deterioro y la destrucción. Entonces vendrá la parte más asombrosa de todo esto. Toda esta nueva creación, cada centímetro de ella, será puesto a nuestros pies para siempre. "Los mansos," dijo Jesús, "recibirán la tierra por heredad" (Mat. 5:5)

Pablo llenaba su corazón con el pensamiento de la gran redención futura en Cristo. Cuando las dificultades venían, él se llenaba de la gloriosa idea de reinar en una nueva creación libre de inutilidad. Miraba con gozo inefable la felicidad plena que tendría

en el futuro. Con esta perspectiva del futuro él podía ver sus sufrimientos presentes y saber que *sí* valían la pena.

Un ex-alumno mío falleció recientemente. Hacía ya dos años que los doctores le pronosticaron unos cuantos meses más de vida. Él sufría de dolor y fatiga pero se mantuvo en el ministerio hasta el final. Él y su esposa me vinieron a visitar un día y tuve la oportunidad de hacerle algunas preguntas difíciles. "¿Cómo haces para seguir adelante cuando sabes que vas a morir pronto?" le pregunte. Nunca olvidaré su respuesta.

"Mira, Richard," me dijo mientras sonreía, "el llegar a la presencia de Jesús, ahora es mucho más real para mí que antes. Me sostengo ahora, debido a que puedo ver mucho mejor que antes cuán bueno será el llegar al hogar celestial".

Esas palabras han venido a mi mente una y otra vez. Me dan fortaleza cuando me siento fatigado. Usted también puede hacerlas parte de su vida. Cuando los problemas le hagan desfallecer, mire hacia adelante y vea cuán bueno será el llegar al hogar donde existen cielos nuevos y tierra nueva. La gloria del futuro es la fuente de ánimo que Dios ofrece para todos aquellos que ahora sufren.

ANIMADOS POR EL ESPÍRITU

Todos hemos escuchado a cerca de las cosas horribles por las que pasan los prisioneros de guerra. Los soldados cautivos experimentan tortura, privaciones y enfermedad. Pero una cosa se distingue por su grado de crueldad: la prisión dentro de la prisión, esto es, confinamiento solitario. Al estar privado de cualquier contacto con los otros, el prisionero de guerra en confinamiento solitario no tiene ningún medio para sostenerse y animarse. La prisión, comparada con el confinamiento solitario, es un universo de libertad donde los prisioneros pueden animarse y ayudarse mutuamente. Pero en el confinamiento solitario el prisionero de guerra está totalmente aislado y tiene que sobrellevar su cautividad a solas.

Como hemos visto, los cristianos han sido confinados a un tiempo de sufrimiento antes de recibir la gloria de Cristo. Esperamos anhelantes el día de nuestra liberación, pero ese día a menudo parece estar demasiado lejos. Necesitamos algo que, aquí y ahora, aligere nuestra carga. ¿Qué ánimo podemos encontrar en esta vida? ¿Hay alguien con quién compartir nuestras cargas, o tenemos que sufrir a solas en confinamiento solitario?

En Romanos 8:22-27, Pablo continúa sus palabras de aliento dirigiendo nuestra atención hacia el ánimo que podemos encontrar en medio de nuestras pruebas. Él afirma que a veces seguir a Cristo puede ser muy difícil, pero también nos recuerda que no estamos solos cuando pasamos por problemas. Dios ha enviado su Espíritu para ayudarnos a sobrellevar la cruz del sufrimiento:

Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que

escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos. (Rom. 8:22-27)

Pablo empieza este pasaje admitiendo una verdad importante. El reconoce honestamente que los cristianos a menudo "gemimos dentro de nosotros mismos" (v. 23) cuando estamos bajo las presiones del sufrimiento. A veces nuestras vidas llegan a ser tan difíciles que no sabemos "qué hemos de pedir" (v.26).

Pero al estar en esta condición, no estamos solos. Tenemos "las primicias del Espíritu" (v.23), quien "nos ayuda en nuestra debilidad" (v.26). El Espíritu realiza muchas cosas para ministrarnos pero Pablo se enfoca en un aspecto particular de su obra. Cuando gemimos por el peso de la espera de nuestra gloria futura, el Espíritu también "intercede por nosotros con gemidos indecibles" (v.26). El Espíritu Santo siente nuestro dolor y lleva nuestras cargas ante el Padre. Sus oraciones no son oraciones comunes y corrientes: "Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos" (v.27).

Nuestro Padre celestial escucha las plegarias del Espíritu porque él siempre intercede en la manera que a Dios le complace. Cuando estamos desalentados y descorazonados al grado que no podemos ni siquiera hablar, el Espíritu cuida de nosotros y habla por nosotros.

A primera vista, tenemos que preguntarnos si las palabras de Pablo tienen alguna aplicación para aquellos que sufren. Después de todo, la intercesión del Espíritu Santo es imperceptible. No podemos escucharle cuando está compartiendo nuestras cargas, tampoco podemos observar sus súplicas al Padre. ¿Cómo puede una enseñanza tan abstracta como esta ofrecernos ánimo en la vida práctica? ¿Qué consuelo podemos obtener de un ministerio del Espíritu Santo que no podemos percibir?

En un sentido, por el simple hecho de conocer esta verdad teológica recibimos cierto grado de consuelo. Nos hace mucho bien el entender que el Espíritu Santo está con nosotros cuando sufrimos. Como ocurre también con otras tantas doctrinas de la Escritura, aceptar esta realidad invisible nos ayuda a entender apropiadamente el mundo visible en el que vivimos. Cuando aprendemos que el Espíritu de Dios gime juntamente con nosotros, recibimos consuelo. Cuando creemos que él ora perfectamente en nuestro lugar, somos fortalecidos. Aún consideradas como verdades abstractas, estas creencias ofrecen cierto grado de ayuda para aquellos que sufren.

Sin embargo, al mismo tiempo, si reducimos a una abstracción la obra del Espíritu Santo nos será muy difícil sentir el consuelo que Pablo ofrece en este pasaje. Para entender el significado total de sus palabras debemos recordar algo a cerca de los cristianos de Roma a quienes él escribió.

Pablo transmitió a sus lectores originales mucho más que una verdad teórica. Los creyentes en Roma habían experimentado la realidad de la presencia del Espíritu en maneras que van mucho más allá de la experiencia actual de la mayoría de los creyentes. Sus vidas estaban llenas de manifestaciones observables del Espíritu Santo por donde quiera que miraban. Consideremos la lista de dones espirituales que existían en la Iglesia de Roma: profecía, servicio, enseñanza, exhortación, repartición, liderazgo y misericordia (Rom. 12:3-8). El Espíritu Santo no era un extraño para los lectores de Pablo. Todos los días veían demostraciones asombrosas de su poder y amor. Su presencia no era algo que ellos aceptaran intelectualmente a pesar de su experiencia real. Al contrario, ellos

conocían al Espíritu Santo debido a su experiencia diaria. Las palabras de Pablo a cerca del ministerio imperceptible del Espíritu Santo fortalecieron los corazones de la Iglesia en Roma porque ellos veían día tras día evidencia de la presencia del Espíritu en sus vidas.

Cuando mi esposa y yo éramos estudiantes, ganábamos dinero extra cuidando casas y niños mientras sus padres viajaban. En una ocasión, un niño pequeño se cayó y se lastimó mucho su rodilla. Traté de consolarlo sin éxito alguno. Lloraba y lloraba por su mamá. Después de alrededor de una hora decidimos hacer una llamada de larga distancia a la mamá del niño. Cuando el niño oyó la voz de su madre comenzó inmediatamente a calmarse. Aunque su madre estaba muy lejos, su dolor menguó porque sabía que su mamá estaba compartiendo su herida.

¿Por qué esa llamada telefónica causó tal cambio? Ese niño estaba acostumbrado a estar con su mamá. El había experimentado a través de los años sus tiernas caricias y su consoladora presencia. Con esas memorias en el corazón, él pudo consolarse con la voz de su madre aun cuando ella estaba muy lejos.

Los cristianos de Roma estaban en una situación similar cuando Pablo les comunicó a cerca de la intercesión del Espíritu Santo. Puesto que estos creyentes habían experimentado tantas bendiciones del Espíritu, el enterarse a cerca de su obra imperceptible significó mucho para ellos. Ellos sabían cuán maravilloso era el Espíritu, por consiguiente, fueron animados tremendamente por sus oraciones de intercesión.

Tristemente, a muchos cristianos hoy en día les es difícil recibir ánimo y fortaleza del Espíritu porque para ellos él no es muy real. Rara vez reconocemos el amor y poder del Espíritu. Nuestras iglesias son opacas y ordinarias; nuestras vidas, aburridas y comunes. En resumen, el Espíritu Santo es un extraño para muchos de nosotros. ¿Cuánto bien puede hacer la intercesión distante de un extraño? ¿Cuánto consuelo podemos obtener en las oraciones de alguien a quien no conocemos? No mucho.

¿Se ha ido de la Iglesia el Espíritu Santo? ¿Es un extraño porque ya no nos ministra más? Nada podría estar más lejos de la verdad que estos pensamientos. Si el Espíritu Santo parece estar ausente es porque nosotros fallamos en apreciar las bendiciones visibles que él nos da.

Cuando pienso en la percepción que hoy en día tenemos de la obra de Espíritu Santo recuerdo la escena de una antigua comedia llamada "Los tres chiflados". Curly empieza a gritar con todas sus fuerzas: "¡No puedo ver! ¡No puedo ver! ¡No puedo ver!" "¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?" Moe responde. "Tengo mis ojos cerrados" responde Curly para el deleite del público.

Lo mismo pasa actualmente en la iglesia. Tenemos la queja. "¡No puedo ver la obra del Espíritu! ¡No puedo verle!" Pero el problema no es que él haya desaparecido, sino que no le vemos porque tenemos nuestros ojos cerrados.

Para ser fortalecidos por la intercesión imperceptible del Espíritu debemos abrir nuestros ojos y notar detenidamente los innumerables regalos que él nos ha dado en abundancia: entendimiento de la Escritura, convicción de pecado, éxito en el evangelismo, el gozo de la salvación, sanidad física, dones y liderazgo en la Iglesia, consuelo en la aflicción, amor y compañerismo entre los creyentes, -- la lista es interminable. Estas realidades de la vida cristiana no son acontecimientos naturales, sino son las manifestaciones visibles del Espíritu de Dios en nuestras vidas.

Si dejáramos de negar al Espíritu Santo y comenzáramos a reconocer sus maravillas, él ya no sería un extraño, sino un querido amigo. Entonces las palabras consoladoras de Pablo a los romanos nos fortalecerían. Seríamos capaces de encontrar ánimo en nuestro Amigo sabiendo que él comparte nuestros sufrimientos y ora por nosotros.

ANIMADOS POR EL PLAN DE DIOS

"No te preocupes; tengo un plan," el hombre le dijo a su esposa mientras se sentaban en su carro descompuesto. Habían pasado ya varias horas al lado del camino esperando que alguien pasara por allí. "Tengo un plan que resolverá todo nuestro problema" él le aseguró.

"Espera un momento. Quiero escuchar qué es lo que vas a hacer", ella objetó. "No estoy segura de poder seguir confiando en tus planes. Para empezar, fue tuya la idea de venir por este camino solitario".

Esto es lo que ocurre con los planes humanos. Frecuentemente están mal diseñados y fracasan. Cuando estamos en problemas y alguien ofrece una solución tenemos buenas razones para mantenernos escépticos. Sus ideas pueden realmente traernos más problemas.

Pero los planes de Dios son precisamente lo contrario. Él nunca se equivoca y siempre cumple lo que se propone hacer. Podemos estar seguros que él ha diseñado sus planes con sabiduría y que tendrán éxito.

Por esta razón, Pablo concluye sus palabras de ánimo para aquellos que sufren por Cristo apelando al plan de Dios. En Romanos 8:28-39, Pablo bosqueja el plan divino que explica el porqué del sufrimiento al que Dios nos ha llamado. ¿Qué está haciendo Dios a través de nuestras pruebas? ¿Cuál es su propósito eterno respecto a nuestro sufrimiento mientras continuamos avanzando en el sendero a la dignidad?

Pablo empieza su exposición del plan de Dios con un versículo bien conocido: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados" (Rom. 8.28). ¡Qué tremendo pasaje para aquellos que sufren por Cristo! No es de sorprenderse que muchos cristianos tengan en tan alta estima estas palabras. Dios tiene un plan para nuestros problemas; él usará los problemas para nuestro propio bien.

Notemos que este plan divino incluye todo. Toda cosa que nos pasa -- no sólo algunas o la mayoría -- es para nuestro bien. Las circunstancias de sufrimiento por las que pasamos como cristianos pueden ser terribles. El costo de seguir a Cristo puede ser demasiado elevado. Podemos perder amigos, empleos, cónyuges, y aun a nuestros padres. Podemos sufrir encarcelamiento y aun la muerte. Pero no importa cuán desalentadora y frustrante sea nuestra situación, nosotros sabemos algo que nos da esperanza. Sabemos que Dios tiene un plan en el que nuestro sufrimiento es transformado en bendición.

Mucha gente imagina que este pasaje es un principio general que se aplica a toda persona. Ellos dicen: "Todas las cosas tarde o temprano llegan a ser para el beneficio de cada uno". Pero esto no es lo que Pablo está afirmando. La promesa de la bendición venidera es solamente para aquellos "que conforme a su propósito son llamados" (Rom. 8:28). El bien no llegará tarde o temprano para aquellos que permanecen apartados de Cristo. Los sufrimientos presentes son un anticipo del castigo eterno que aguarda a los

hombres y mujeres que están sin Cristo. La vida puede ser un infierno presente para los incrédulos; ellos pasan por muchas de las mismas pruebas de los cristianos. Pero su infierno presente no se compara con el infierno verdadero de la eternidad.

Pero cuando los creyentes sufren por Cristo no están teniendo un anticipo de su futuro. Nosotros no estamos en el camino que lleva a destrucción, sino en el que lleva hacia la dignidad. Las penalidades que sufrimos en nuestro caminar son instrumentos que Dios usa para llevarnos a la gloria.

Píenselo de esta manera. Dios nos llama para pasar dificultades como un cirujano nos invita a su mesa de operación. Su bisturí nos trae tremendo dolor. Ninguna persona cabal disfruta los dolores de una cirugía. Negar la angustia que esto trae es mentir. No obstante, voluntariamente nos sometemos a la cirugía. ¿Por qué? Permitimos que nos operen porque el dolor traerá una mejor salud en el futuro.

Pablo nos dice que lo mismo nos pasa con Dios. El nos exhorta a someternos al bisturí del sufrimiento por Cristo por nuestro propio bien. Dios está obrando a través de nuestros problemas para traer algo maravilloso para nosotros. Podemos someternos a su llamado porque él promete transformar nuestro dolor en bendición.

Esta perspectiva del plan de Dios hace que podamos dar un suspiro de alivio. Todos podemos recordar alguna ocasión en la que Dios trajo algo bueno de lo malo. Por ejemplo, perdemos algunos amigos por causa de nuestra creencia en Cristo, pero encontramos nuevos y mejores amigos por otro lado. Perdemos nuestro empleo por causa de nuestro testimonio cristiano, pero Dios nos da un empleo mejor. Todos hemos pasado por tiempos difíciles y hemos visto cómo Dios dramáticamente trae beneficios para nosotros.

No obstante, todavía tenemos dudas, algo nos incomoda. Muchas veces enfrentamos problemas sin ningún resultado positivo. Pasamos por sufrimiento y nunca vemos cómo Dios lo utiliza para nuestro bien. A veces esperamos toda nuestra vida preguntándonos por qué Dios nos puso en ciertas situaciones. "¿Qué pasó con el plan de Dios?" nos preguntamos. "¿Cuán fiel es Él a sus promesas?"

Pablo se dio cuenta que los cristianos tenían que lidiar con estas preguntas. Por consiguiente, nos lleva un poco más adentro en la mente de Dios para asegurarnos que El está absolutamente resuelto en su propósito de sacar algo bueno de nuestras pruebas: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó, y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. (Rom. 8:29-30).

En este pasaje Pablo se remonta a la eternidad. Antes de que el mundo existiera, Dios trazó un plan para aquellos que son llamados por Cristo. Dios estableció un plan detallado por medio de su decreto inmutable y soberano. Pablo menciona cinco cosas que Dios determinó para nuestro beneficio en su designio eterno. Cuando entendemos estos aspectos del plan de Dios podemos descansar confiados de que él está totalmente resuelto a hacer que todas las cosas sean para nuestro bien.

Primero, Dios nos "conoció" desde antes (v.29). Notemos que este pasaje no dice que Dios conoció desde antes lo que nosotros haríamos, sino que él *nos* conoció de una manera íntima y personal. Antes de que el universo fuera creado, Dios puso atención

individual y personal en nosotros. Desde lo más recóndito de la eternidad, Dios con tierno amor y afecto se interesó en usted y en mí.

Segundo, Dios nos "predestinó" (v.29). El Creador se interesó de tal manera en usted y en mí que estableció por adelantado la dirección que nuestras vidas tomarían. Nuestro futuro no está sujeto a cambio alguno. No podemos desviar el curso de nuestras vidas. Hemos sido predestinados soberanamente para ser "hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (v.29). Cristo, por medio de su resurrección, llegó a ser la imagen gloriosa de Dios, pero Dios no tenía la intención de que Cristo fuera su única imagen con honra. Al contrario, el Padre determinó que Cristo fuera el primero de muchos hermanos y hermanas quienes serían hechos como él. Los hombres y mujeres que están en Cristo tuvieron su futuro absolutamente determinado antes de que el mundo existiera. Ellos fueron diseñados para ser conformados a la dignidad gloriosa de Cristo.

Tercero, Dios nos "llamó" para sí mismo (v.30). Él no simplemente nos puso en un camino predeterminado hacia la dignidad, sino que también ordenó los medios por los cuales nosotros seguiríamos ese camino en la historia. Dios decidió que nosotros oyéramos y respondiéramos al llamado del evangelio. Nuestra conversión no fue el resultado de una casualidad o buena suerte. Nuestra recepción del evangelio no fue tampoco un accidente histórico. Dios desde la eternidad determinó que el Espíritu movería nuestro corazón y nos traería al arrepentimiento y a fe salvadora.

Cuarto, Dios nos "justificó" (v.30). *Justificar* es un término jurídico que significa "declarar justo". Dios dio un veredicto a nuestro favor. En vez de inculparnos por nuestros pecados, él transfirió nuestra culpa a Cristo y nos declaró gratuitamente perdonados. Si Dios hubiera permitido que nosotros mismo buscáramos nuestra justificación, nunca habiéramos sido restaurados a la dignidad. Pero Dios estaba tan decidido que recibiéramos la bendición de una total restauración que castigó a su propio Hijo en nuestro lugar y nos transfirió su justicia.

Quinto, Dios nos "glorificó" (v.30). ¿Ha notado el tiempo de este verbo? Pablo no dijo que Dios nos "glorificará". Por supuesto esto es verdad, ya que seremos glorificados cuando Cristo regrese. Pero Pablo en este versículo aun está reflexionando en el plan que Dios trazó desde la eternidad. Desde la perspectiva eterna de Dios, nosotros ya hemos sido glorificados. Nuestra redención total no es algo que dependa todavía de eventos futuros. Nuestra redención es un hecho.

Ahora ya podemos ver cómo podemos estar confiados de que "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Rom. 8:28). El plan de Dios no es una historia sin final. No es algo que esté todavía sujeto a cambio. Nada se ha dejado a la suerte. Dios, en su consejo eterno, estableció firmemente cada episodio de la Historia con el fin de llevarnos a nuestro destino final en Cristo.

Cuando entendemos que el decreto eterno de Dios garantiza nuestro futuro, podemos mantener la esperanza aunque el sendero hacia la dignidad llegue a ser difícil. Dios no convertirá inmediatamente en bendición cada circunstancia de sufrimiento, pero tarde o temprano todo lo que ocurre, sin excepción, será para nuestro bien.

Pablo concluye su reflexión en el plan de Dios con expresiones jubilosas de confianza y alabanza. Sus palabras hablan al corazón de todo hombre y mujer que están tratando de sobrellevar las dificultades de la vida:

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿Quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro. (Rom. 8:31-39).

Puesto que el plan de Dios para sus imágenes redimidas se realizará con toda seguridad, podemos enfrentar con confianza las peores dificultades, los más aterradores enemigos, y las pruebas más devastadoras. No meramente sobrevivimos nuestras pruebas, sino que "somos más que vencedores" (v.37) porque absolutamente nada "nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (v.39).

CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos estudiado dos aspectos de nuestras vidas en nuestro caminar por el sendero hacia la dignidad. Mientras esperamos que Cristo regrese hemos sido llamados a sufrir por él. Todo creyente soporta dolor y penalidades por Cristo. Pero este es sólo un lado de la moneda. Dios nos ha dado fuentes de ánimo para ayudarnos en nuestro sufrimiento. Él abre nuestros ojos para que veamos nuestro futuro glorioso; él nos da el Espíritu Santo; él nos muestra su plan perfecto. Cuando mantenemos en nuestras mentes estas fuentes de ánimo podemos soportar los peores sufrimientos. Podemos esperar con paciencia hasta llegar.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Por qué se titula este capítulo "Esperando con paciencia hasta llegar"?
2. ¿Qué tipos de sufrimiento ocurren en el mundo? ¿Qué dificultades han sido reservadas específicamente para los creyentes?
3. ¿Cómo nos ayuda nuestro futuro en nuestras circunstancias del presente? Describa la grandeza de la gloriosa segunda venida de Cristo.
4. ¿Cómo nos anima la presencia del Espíritu Santo al estar en medio de una prueba? ¿Por qué actualmente a los creyentes les es difícil encontrar la fortaleza del Espíritu?
5. ¿Cómo nos ayuda el plan de Dios para soportar los sufrimientos? ¿Cuál es el propósito del plan de Dios? ¿Cómo podemos estar seguros de que Dios cumplirá su plan?

EJERCICIOS DE DISCUSIÓN

1. Escriba una lista de diez dificultades que esté enfrentando actualmente. Clasifique la lista de acuerdo con las tipos de sufrimiento sugeridos en este capítulo.
2. Escoja un aspecto de su vida personal (casa, trabajo, familia, etc.) ¿Cómo compararía el estado actual de este aspecto de su vida con la manera en que éste será cuando Cristo regrese?

3. Observe a su grupo. ¿Qué obra visible del Espíritu Santo podría usted identificar?
¿Cómo le animan estas obras del Espíritu Santo?
4. Nombre seis problemas que esté afrontando. ¿De qué manera el plan eterno de Dios le da confianza de que usted es "más que vencedor" en todas estas dificultades?